

CUENTOS PARA ADVIENTO

1º-2º

PRIMERA SEMANA

Primer domingo de adviento: el Ángel azul	2
“El camino empedrado a Belén”	2
“El secreto de la gran roca”	3
“El milagro en la fuente”	3
“¿Por qué el agua en invierno se transforma en hielo?”	4
“La canción del viento”	5
“La aguja de plata lunar y el hilo de oro estelar”	5
“La luz en el candil”	6

SEGUNDA SEMANA

Segundo domingo de adviento: el Ángel rojo	8
“¿Por qué las manzanas tienen las mejillas rojas?”	8
“El cardo plateado”	9
“Los insignificantes bulbos”	9
“En el bosque de espinas”	10
“Los abetos”	11
“¿Cómo llegó a serpreciado el ciruelo silvestre?”	11
“El secreto de las rosas”	12

TERCERA SEMANA

Tercer domingo de adviento: el Ángel blanco	14
“¿Por qué el burrito no quiso descansar?”	14
“Lo que la araña hizo por María”	15
“¿Por qué las liebres tienen la colita blanca?”	16
“La despensa de la ardilla”	17
“El perro del pastor”	17
“La oveja que no quiso dejarse esquilar”	18
“Los ratones navideños”	19

CUARTA SEMANA

Cuarto domingo de adviento: el Ángel violeta	20
“Un manojo de paja”	20
“La sopa caliente de la mujer pobre”	21
“La fogata de los pastores”	22
“El pequeño Daniel y su flauta”	23
“El viejo guarda”	25
“Los posaderos de Belén”	26
“El Hijo de Dios Padre”	27

PRIMERA SEMANA

El Ángel azul

¿Cómo sabemos que se aproxima la Navidad? No la podemos percibir con los ojos, pues los días y las noches transcurre como siempre y los hombres viven y se ocupan de sus asuntos como de costumbre; no se la puede escuchar con los oídos, pues son siempre los mismos ruidos los que resuenan; los automóviles que paran los aviones que aterrizan, los niños que gritan, y así otras cosas por el estilo.

Y, sin embargo, cuatro semanas antes de Navidad pasa algo muy importante: un gran Ángel desciende del cielo para invitar a los habitantes de la Tierra a preparar la Navidad; este ángel viste una gran capa azul, tejida de silencio y de paz. La mayoría de la gente no lo percibe, porque están muy ocupados en otras cosas, pero el ángel canta con voz profunda, y solamente aquellos que tienen el corazón atento pueden escucharlo.

Su canto dice así: *“El cielo viene sobre la tierra, Dios viene a habitar el corazón de los hombres, ¡poned atención! ¡abridle la puerta!”*

Y así es como en este día el Ángel pasa y habla a todos los hombres, y aquellos que escuchan se disponen a preparar la Navidad, cantando algunas canciones y encendiendo velas...

“El camino empedrado a Belén”

María y José iban en camino a Belén, y el burrito trotaba alegremente enfrente de ellos. José, acostumbrado a caminar, se apoyaba en su bastón, con el que marchaba ligeramente. María, la querida Madre de Jesús, se esforzaba en mantener el paso. Mas sus delicados pies constantemente se lastimaban con las filosas piedras del camino. Sin embargo, hizo un esfuerzo para controlar el dolor, cuando de repente brotó una lágrima de sus ojos que no pudo contener. Ni siquiera José, preocupado por seguir el camino correcto, se dio cuenta de eso, ni mucho menos el burrito.

En cambio, un Ángel que los acompañaba vio muy bien las lágrimas de María y acercándose le dijo:

“Querida María ¿por qué lloras, si estás en camino a Belén dónde vas a dar a luz al niño Jesús? ¿No te llena de alegría?”

María le contestó:

“Con gusto daré a luz al Amado niño y no quiero quejarme. Mas las piedras opacas y duras me lastiman los pies y me cuesta mucho trabajo caminar sobre ellas.”

Cuando el Ángel escuchó estas palabras, miró hacia las piedras con ojos celestiales que irradiaban luz, y he aquí que bajo su mirada brillante las piedras se transformaron, redondearon sus esquinas y filos tornándose coloridas y relucientes. Algunas se volvieron transparentes como cristal y brillaban en la luz que irradiaba el ángel.

A partir de ese momento María pudo caminar segura y firmemente, sin nada que le impidiera, en dirección a Belén.

“El secreto de la gran roca”

Un día, María y José en su camino a Belén se encontraron frente a una gigantesca roca que estaba en medio del camino y obligaba a los que por allí pasaban a desviarse al lado derecho o al lado izquierdo entre las hierbas, o a trepar por encima de la roca.

El hecho de encontrarse allí se debía a una razón especial: cuando el camino fue construido, siete hombres con todas sus fuerzas la empujaron hacia un lado. Sin embargo, al regresar a su trabajo, la gran roca nuevamente se encontraba en el lugar anterior como si nunca se hubiese movido. Con refunfuños y regaños los fuertes hombres por segunda vez la retiraron del camino. Sin embargo, al día siguiente la encontraron nuevamente en su lugar. Por tercera vez la quitaron y cuando al otro día llegaron, la volvieron a encontrar, como si nunca se hubiese movido de allí. Extrañados los hombres ya no maldijeron más, sino que se miraron y se preguntaron qué significaría esto.

Como no hubo contestación a su pregunta, fueron a buscar a un ermitaño que vivía en el bosque, y le hablaron de la roca que siempre misteriosamente regresaba a su lugar.

El ermitaño los escuchó atentamente y con una mirada comprensiva les dijo:

“El que va a quitar del paso la roca, aún no ha aparecido. Dejad la piedra en su lugar y permitid que la retire aquél predestinado para hacerlo.”

Los hombres fuertes siguieron su consejo y así dejaron la piedra, a pesar de las muchas quejas de los viajeros.

También María y José se detuvieron enfrente de la roca. Desde luego José no la podía mover, ni siquiera con la ayuda de su burrito. Mientras esperaban pensativos, José casualmente tocó la roca con su bastón. Sólo fue un golpe muy suave sin intención alguna. Cuando apenas el bastón había tocado la gran roca, ésta se partió en dos y cada mitad cayó a un lado del camino. Ahora se podía ver que la enorme roca en su interior estaba llena de cristales, los cuales brillaban de una manera maravillosa a la luz del sol.

Poco tiempo después el ermitaño pasó por este camino. Al ver la roca partida, llena de brillantes cristales, sus ojos se iluminaron: “Aquel que fue predestinado para quitar del paso esta roca, ha llegado” se dijo a sí mismo y la alegría y la esperanza llenaron su corazón.

“El milagro en la fuente”

En aquellos tiempos, cuando María y José andaban con su burrito hacia Belén, la gente todavía no tenía grifos en su casa y por ello tenían que salir a la fuente para acarrear el agua del pozo en un cántaro. Era la tarea de las mujeres y muchachas, quienes al mismo tiempo lo aprovechaban para charlar e intercambiar noticias y novedades.

Una noche, Ruth había tomado su cántaro para ir al pozo. Al salir de la casa, notó una estrella en el cielo que brillaba tan fuerte, que su luz resplandecía sobre las demás estrellas y se quedó parada olvidando el tiempo y todo lo que tenía que hacer. ¿Qué significaba esta estrella tan maravillosa? Sólo cuando el frío laceraba las manos, despertó de sus sueños y rápidamente corrió al pozo, donde ya no quedaba nadie. Las demás mujeres ya habían regresado a sus casas.

Rápidamente, Ruth colgó su cántaro en la cadena para dejarlo bajar al agua. Pero nuevamente se detuvo, porque el espejo del agua brillaba como si fuera de puro oro debido al reflejo de la estrella.

“¡Cómo brilla y resplandece!, murmuró encantada la doncella, “qué bonito sería si la abuelita también la pudiera ver.”

Pero ella se encontraba en casa sentada en su sillón, porque sus piernas se habían debilitado por la edad y ya no la sostenían. Cuidadosamente, para no remover la superficie brillante, Ruth dejó descender su cántaro, y cuando lo volvió a sacar por tercera vez esa noche, se volvió a asombrar: ¡el agua de dentro del cántaro también brillaba como oro!

Cautelosamente la joven metió el dedo en el agua y la probó: tenía el sabor de siempre. Ruth desprendió el cántaro de la cadena y rápidamente se fue a casa.

“¡Mira abuelita!, exclamó cuando apenas había abierto la puerta, “¡mira lo que te traigo!” y le mostró el agua que brillaba tan maravillosamente. “Mira, cómo se conserva la luz dorada de la estrella para que tú también la puedas ver”, le explicó la muchacha alegremente.

Pensativa la anciana miró el líquido áureo, y luego dijo

“¿Qué luz será ésta, que ya comienza a iluminar el mundo, y que hace brillar el agua?, y dirigiéndose a Ruth añadió:

“Y ya dentro de tus ojos ha comenzado a brillar. ¡Cuida bien esta luz!”

La noticia de la dorada agua dorada corrió por toda la aldea, y todo el mundo se apresuró a sacar un poco de esta preciada agua. Sin embargo, por más que sacaban el agua, siempre mantenía su brillo. Lo conservó hasta ... bueno, ¿hasta cuándo? Hasta que el niño Jesús nació en Belén y entonces su luz empezó a iluminar el mundo.

“¿Por qué el agua en invierno se transforma en hielo?”

Un buen día, en su camino a Belén, María y José llegaron a un río que no era ni muy ancho ni muy profundo, pero el agua en esta época del año estaba terriblemente fría. El burrito, al meter cuidadosamente su patita en el agua, de inmediato la sacó por el dolor que le causaba el frío y no había manera de hacer que lo atravesara. En ninguna parte se encontraba un puente o un barquito. ¿Qué se podía hacer?

José ya estaba remangando su abrigo y preparándose a cargar a María a sus hombros, para vadear el río. Pero María no quería aceptarlo porque le preocupaba que el frío le pudiese hacer daño. Por eso se acercó a la orilla y con suave voz comenzó a cantar:

Onda, onda debes parar,
onda, onda déjanos pasar;
nuestro camino debemos continuar,
con un puentecillo nos puedes ayudar.

El río respondió con un tierno repique de campanas y de repente paró su corriente y formó un puente, transparente como el cristal, pero tan firme que no sólo María, sino también José y el burrito consiguieron atravesarlo.

Desde este día, el agua en invierno se congela y se transforma en hielo. Cuando María lleva a su hijo, nada debe impedir su camino, para que pueda andar por todas partes con seguridad.

“La canción del viento”

Para María el camino hacia lo desconocido no fue nada fácil. Pocas veces había salido de Nazaret y nunca había tenido que pedir posada o pernoctar al lado del camino. De día, cuando el sol dulcemente iluminaba la tierra y ellos se daban prisa para llegar a tiempo a Belén, no era tan pesado. Pero cuando se acostaban de noche, María notaba de repente que se le acongojaba el corazón y la nostalgia le hacía un nudo en la garganta. En la oscuridad pensaba en Nazaret, en su casita con el jardín lleno de rosas, y en el aromático jazmín bajo su ventana. Recordaba el sonido que el viento hacía, cuando pasaba entre las hojas de los árboles y arbustos, o cuando pululaba entre el campo de trigo. Pues sí, el viento era su mejor amigo. Cuando abría la ventana por las mañanas y el viento soplabla en el interior de su habitación, entonces ella sabía, antes de mirar al cielo, cómo sería el día. Lo reconocía por su dulce susurro o por soplar violento, por la fragancia o la humedad que traía consigo.

En cambio, el viento que soplabla aquí en el camino a Belén, era otro: era frío, extraño e invernal, y por eso la pobre María se sentía más abandonada.

Pero en verdad el viento sopla donde quiere. Por eso también revoloteaba alrededor de María y notó su tristeza. ¿Qué podía hacer para consolarla? Mucho tiempo se quedó silencioso, pensativo. Estaban en invierno y era su obligación soplar heladamente entre las grietas y las ranuras y silbar y bramar por las esquinas. Por otro lado, veía a la Virgen tan desolada y desamparada....

Entonces, de repente el viento cambió su melodía y empezó a cantar: sobre la Primavera de Nazaret, sobre los retoños y las semillas que germinan, sobre los capullos de las flores y el zumbido de las abejas. Tan dulce y tan tierna era su canción primaveral, que a María se le regocijó el corazón y tranquilamente se durmió.

¡Qué bondadoso viento! No puede dejar de preocuparse por María. Por eso, no os sorprendáis si repentinamente sentís más calor antes de la Navidad. Un calor que nos hace pensar que ya ha pasado el invierno. Eso se debe precisamente al viento que se pone a cantar su canción primaveral, para que María en la lejanía no se sienta tan sola y desamparada.

“La aguja de plata lunar y el hilo de oro estelar”

Lleno de tímido respeto, José contemplaba a su querida esposa, bajo cuyo corazón estaba creciendo el niño Jesús. José hacía todo lo posible para facilitar y embellecer la vida de María. Sin embargo, José era pobre; no le podía comprar ropa ni joyas, cómo los ricos acostumbran a obsequiar a sus esposas. A veces eso le pesaba mucho, aunque María nunca se quejaba de no tener nada para adornarse.

Ahora estaban en el camino a Belén, y cada día dolorosamente tenían que experimentar las amarguras de la pobreza: cuando sufrían hambre porque no podían comprar comida, y la

gente no les quería regalar nada; o cuando tenían que pasar la noche al aire libre porque todas las puertas se les cerraban.

-*"Es la madre de Jesús"*.

Murmuraba José una y otra vez para sí mismo, *"y tú la dejas andar como una mendiga."*

Diariamente reflexionaba sobre qué vender para poder comprarle algo que le agradara. Sin embargo, no poseía nada de lo que pudiera prescindir, excepto su bastón. ¿Pero quién le compraría algo que él mismo había cortado en el bosque?

Una vez, cuando nuevamente tenían que pasar la noche al aire libre, José tuvo un sueño: vio a un hombre que le sacudía el hombro para despertarlo. Por su ropaje José se dio cuenta de que era muy rico; y a pesar de ello el hombre no lo miró con desprecio, sino amablemente. José le preguntó en qué la podía servir y el extranjero le contestó:

-*"He oído que quieres vender tu bastón, me gustaría comprarlo."*

Asombrado, José se inclinó para levantar su bastón y en ese momento notó que ya no era de madera, sino que estaba labrado artísticamente en oro y plata. Se lo entregó al hombre, y éste le dijo:

-*"Aquí está el pago"*.

Con estas palabras levantó la mano derecha y en el mismo momento el cielo comenzó a sonar y las estrellas enviaron finísimos hilos dorados hacia la tierra. El hombre los recogió y los enredó en el batón, formando una densa madeja. Luego levantó la mano izquierda, y he aquí que el barquillo plateado de la Luna se deslizó en su mano transformándose en una aguja de plata. Ahora el extranjero quitó la madeja de oro del bastón y junto con la guja la entregó a José, que todavía estaba perplejo.

-*"Toma esto como pago"*,

Dijo el hombre y desapareció. José admiró la madeja y la aguja en sus manos. No sabía qué hacer con ellas, cuando de repente se empezaron a mover: el hilo dorado se ensartó solo en la plateada aguja, y ésta por sí misma, comenzó a coser. Bordó brillantes estrellas sobre el manto azul de María, hasta que el último hilo se había terminado y el manto parecía una imagen del cielo. Habiendo terminado su trabajo, la aguja se elevó hacia las estrellas y se convirtió nuevamente en el barquillo lunar.

Al otro día José despertó alegremente, pensando:

-*"¡Qué sueño tan bonito he tenido!"*

A su lado vio su bastón de madera que en el sueño se había transformado tan milagrosamente. No cabe duda, sigue siendo el mismo bastón.

Pero cuando su mirada cayó sobre el manto azul de María, su corazón dio un brinco de alegría; en la desgastada tela estaban bordadas brillantes estrellas. Con sencillez María dijo:

-*"Ahora el manto es demasiado rico para mí"*.

Así sucedió que María, a pesar de la pobreza de José, pudo vestirse con un espléndido manto de estrellas.

“La luz en el candil”

Tito, el posadero, tomó su candil porque ya había oscurecido y necesitaba ir al establo para dar al buey Remus su buena porción de heno fresco. Al encender la vela del candil se dio cuenta de que casi se había consumido.

“Para ir al establo me alcanzaré”.

Murmuró y salió al patio. La suave luz del candil aclaró la oscuridad nocturna. Cuando llegó al pesebre, Tito colocó la lámpara en un gancho que colgaba en la pared y se puso a trabajar. En el momento en que estaba repartiendo el heno fresco en el pesebre, oyó mucho ruido que venía de la casa. Su esposa lo está llamando:

“Tito, ¿dónde estás? ¡Acaban de llegar huéspedes!”

Entonces el posadero dejó caer el heno y cogió el candil. En ese instante la luz tembló, brilló con fuerza durante un segundo y luego se apagó.

“No importa” gruñó Tito. Dejó el candil colgado sobre el pesebre y corrió a su casa, pasando por el patio oscuro.

Al otro día no se acordaba ya del candil. Esa noche, cuando lo buscó, se acordó de que lo había dejado colgado en el gancho cerca del pesebre. Buscó otra vela para colgarla en el lugar de la anterior. Más al salir al patio vio un suave resplandor que salía por la ventana del corral. Sorprendido se rascó la cabeza:

¿Quién había encendido aquella luz? ¿Acaso no la había visto apagada?

El posadero llamó a su esposa para que también viera esta misteriosa luz.

“Qué raro”, murmuró cuando entraron en el corral. *“Alumbra sin necesidad”.*

La esposa dijo:

“Quién sabe por qué no se quiere apagar. Mejor la dejamos que se apague sola.”

Por eso, cuando María y José con el burrito buscaron posada la noche de Navidad, encontraron el corral ya suavemente iluminado. La luz siguió alumbrando hasta que nació el niño Jesús, que luego siguió iluminando el mundo a su alrededor.

Ustedes seguramente quieren saber qué clase de misteriosa luz era aquella que brillaba tan diligente en el candil sin apagarse. Desde luego no fue una vela común y corriente. Se lo voy a descubrir: una estrellita se había deslizado con amor dentro del candil porque quería estar muy cerca cuando el niño Jesús naciera. Por eso, sigilosamente, se había sentado dentro brindando su amable brillo.

Si Tito el posadero hubiera mirado bien también la habría descubierto.

SEGUNDA SEMANA

El Ángel rojo

Hoy un segundo Ángel desciende del cielo: va vestido con una gran capa roja y lleva en la mano izquierda una gran cesta, toda de oro. La cesta está vacía y Él anhela llenarla para luego llevarla rebosante ante el trono de Dios, pero, ¿qué va a poner en la cesta?

La cesta es muy fina y delicada, pues está hecha con rayos de sol; por lo que no ha de llenarse con cosas duras y pesadas.

El Ángel pasa muy discretamente por todas las casas, por toda la Tierra y busca, pero ¿qué busca? Mira el corazón de todos los Hombres, para ver si encuentra un poco de amor que sea puro, y ese amor lo coloca en la cesta y ... lo lleva hacia el cielo. y allá, aquellos que murieron en la tierra, toman ese amor y hacen de él la luz para las estrellas.

“¿Por qué las manzanas tienen las mejillas rojas?”

En el Paraíso había un árbol que estaba reservado únicamente a Dios. Lleno de las manzanas más bellas y rojas que uno pueda imaginarse, era tan maravilloso que cualquier animalito que pasaba o ave que revoloteaba, quedaba atraído por su belleza. También Adán y Eva, cuando vivían en el Paraíso se extasiaban contemplando este árbol cuyo fruto pertenecía solamente a Dios. Mas cuando un día Eva, tentada por la serpiente, probó una manzana y convidó a Adán, de repente, el árbol perdió toda su belleza. Cuando fueron expulsados del Paraíso, éste también había perdido su árbol más bello, el que había sufrido tal susto que sus frutos perdieron su color y se endurecieron. Si alguien los hubiese probado, ya no los hubiese encontrado dulces y jugosos, sino amargos como la hiel.

Sin embargo, el árbol algún día recuperaría su belleza, pero sólo muchos siglos después, cuando en el jardín de María y José de Nazaret se encontraba un descendiente de aquel árbol del Paraíso.

Pequeño todavía, daba cada año duras y amargas manzanitas que nadie, ni siquiera el burrito quería comer. Y he aquí que cuando el ángel se apareció a María para anunciarle que iba a ser la Madre de Dios, también se acercó al arbolito en el jardín y le susurró un mensaje:

-“Prepárate, manzano”, dijo el Ángel,

-“Porque la época de tu pobreza ya está por terminarse. A media noche de la Navidad nacerá un niño, el niño de maría. Recuerda que eres el árbol que da los frutos de Dios.”

Esto sucedió en primavera. En las siguientes semanas María y José, llenos de admiración, pudieron observar al arbolito, cómo fue creciendo y floreciendo primorosamente, hasta tal punto que, bajo esa carga, cualquier otro árbol se habría resquebrajado fácilmente. Entre las ramas se escuchó el murmullo y susurros de las abejas, que atraídas desde lejos se aproximaban hacia las flores para probarlas. Transcurridos unos días, el árbol se había cubierto de verdes hojas, protectoras de aquello que apenas despuntaba y que surgiría después.

Al llegar el otoño, los frutos ya no crecieron como antes, duros y pequeños, sino bellamente sanos, grandes y redondos. Así, de una encantadora tonalidad de sutil rosado, había emergido paulatinamente un rojo que fulguraba hasta tal grado que las manzanas por fin tenían mejillas rojas. Ustedes ya se podrán imaginar por qué: sencillamente estaban felices de poder se nuevamente los frutos de Dios antes de que Él bajara a la Tierra.

María reunió manzanas en una canasta, y al notarlas más lisas, firmes y carnosas, dijo a José:

-“Vamos a guardarlas para nuestro Hijo.”

Por esta razón, cuando tenían que caminar hacia Belén, el burrito, entre otras cosas, también cargaba una bolsa con manzanas rojas reservadas solamente para el Niño, que María y José no tocaban, aun cuando tenían que sufrir mucha hambre.

La consecuencia no se hizo esperar: la maldición fue retirada del manzano, que a partir de entonces pudo dar sus frutos a los seres humanos. Sin embargo, cada año algunas manzanas se apartan para el niño Jesús, aquellas que tienen las mejillas más rojas, a través de las cuales manifiestan realmente la genuina alegría del manzano porque el niño Jesús ha venido al mundo. Por eso forman parte de la decoración del árbol de Navidad.

“El cardo plateado”

Cuando Dios, nuestro Señor, creaba plantas y flores, preguntó a cada una de ellas cómo prefería ser. Algunas elegían ser grandes y fuertes, otras escogían tener un perfume especial. Unas querían tener pétalos rojos y otras blancos o azules. Dios les cumplió todos sus deseos.

Un día preguntó a una plantita:

-“Bueno, mi querida criatura, dime, ¿Cuál es tu deseo más íntimo? ¿Quieres ser grande o pequeña? ¿Quieres flores amarillas, rojas o azules?”

A lo que contestó la plantita:

-“Me conformo con cualquier cosa, con gusto creceré junto al suelo, y no me importa tener espinas, si me puedes cumplir un solo deseo: que mis flores no marchiten hasta que nazca el niño Jesús.” Dios sonrió benévolo y creó ... el cardo plateado.

El cardo crece humildemente pegado al suelo, y sus hojas están cubiertas de abundantes espinas. Mas la flor brilla como una bella estrella plateada, y aunque florezca y la corten en verano, se conserva hasta la época de Navidad para dar alegría al niño Jesús.

“En el bosque de espinas”

En el camino a Belén, María y José tuvieron que atravesar un bosque. Desde el suelo se elevaban leñosos y troncos. Había entre ellos, numerosos arbustos nudosos y duros, carentes de hojas y cubiertos de innumerables espinas picudas, algunas de las cuales se extendían y salían al encuentro de los caminantes, desgarrándoles la ropa.

Al burrito, que como los hombres no podía encogerse en lugares tan estrechos, le había ido muy mal: las puntiagudas espinas lastimaban cada vez más su pobre piel, hasta que llegó el momento en que ya no quiso dar un paso más. Ningún regaño ni ruego podía moverlo. Se detuvo como si tuviese raíces. José y María le suplicaron y después entonó un desolado

"I-ah, ui-ah...",

Cuando José lo quiso poner en marcha con su bastón. Entonces José también empezó a renegar contra las malditas espinas que le impedían seguir su camino.

Sin embargo, María lo calmó y con la mano en su hombro le dijo;

"Querido José, no regañes tanto a los pobres arbustos secos y espinosos. Ellos no tienen la culpa, no pueden más que producir espinas en esta región tan seca. Si tuvieran suficiente agua, seguramente serían capaces de dejar brotar rosas perfumadas para nosotros y nuestro Hijo".

Luego María levantó su mirada al cielo y rogó:

"Querido dios, deja caer tu bondad en forma de rocío vital para que estos arbustos espinosos se puedan transformar en lo que deseen."

Apenas María había terminado su oración, cuando comenzó a caer un suave rocío sobre los arbustos. Llenos de alegría chuparon el agua, y en ese momento todas las espinas se cayeron. En su lugar brotaron y florecieron las rosas más lindas que se pueden imaginar. Competían para ver cuál tenía los colores más brillantes y el mejor perfume, así que fue una maravilla observarlas para satisfacción de todos.

María y José dieron las gracias por el milagro; y el burrito contento, estiró la nariz hacia el aire tan aromático y alegremente siguió trotando adelante, hacia Belén.

"Los insignificantes bulbos"

Un comerciante había regresado de un largo viaje desde países lejanos, trayendo consigo regalos muy valiosos: telas, instrumentos, joyas y especias, para cada uno de la familia algo muy especial. En cambio, para su esposa eligió una pequeña bolsa de apariencia insignificante. Sin embargo, era lo más valioso que había conseguido.

"Cuídala bien", dijo a su esposa, *"porque corre la voz de que esta bolsita tiene la facultad de anunciar profecías: nos dirá cuándo el Rey de reyes llegará a la Tierra".*

La mujer quedó asombrada y acercó su oído a la gruesa tela, pero no pudo descubrir nada extraordinario. Cuando después de un tiempo su esposo nuevamente había salido de viaje, cogió el paquetito, fue al bosque para mirarlo minuciosamente, pero no encontró nada en especial: cuando se vio sola, rápidamente lo abrió para ver su contenido. *¿Y qué encontró?* Solamente unos bulbos comunes y corrientes, pequeños e insignificantes.

"¿Y ese es todo su secreto?", exclamó desilusionada, tirando los bulbos en el camino. Luego regresó a su casa.

Sin embargo, los inocentes bulbos cayeron en un camino del bosque y estaban expuestos a la intemperie, hasta que finalmente quedaron cubiertos por el polvo y la tierra.

Cuando en su camino a Belén, María y José pasaban exactamente por ese bosque, se demostró que el comerciante había tenido razón: bajo los pies de la Virgen María se abrieron los bulbos, y de ellos brotaron pequeñas flores, blancas como la nieve que brillaron como si el camino hubiera sido sembrado de millares de estrellas.

Aún en nuestros días están anunciando la venida del Rey de reyes. Por esta razón, las rosas de Navidad –porque de éstas se ha tratado aquí –continúan floreciendo en la temporada de Navidad.

“Los abetos”

Cuando Dios Padre creó los árboles, les dio raíces para arraigarse profundamente en la tierra y al mismo tiempo ramas que se elevaban hacia el cielo. Porque realmente de allá habían descendido, y no debían olvidar su verdadero origen. Desde entonces los árboles estiran sus ramas hacia las alturas, en oración silenciosa y constante y en memoria de su Creador.

Así también lo hizo el abeto, y cuando levantaba sus amplias ramas, sobresalía de los demás árboles. El hecho por el que hoy ya no es así tiene la siguiente razón:

Nuevamente María y José no habían encontrado posada en la noche, porque estaban lejos de cualquier población. Por eso, tuvieron que acostarse en medio de un bosque de altos y esbeltos abetos, para ahí pernoctar. Pero el viento y el frío les acosaron demasiado hasta que comenzó a nevar, primero suavemente y después con más fuerza.

María en su dificultad se dirigió al abeto más cercano y, acariciando con su suave mano el tronco del árbol le habló:

–“Perdona que interrumpa la oración silenciosa que estás enviando hacia nuestro Padre. Pero mira, Dios mismo se ha dirigido a la tierra: llevo a su Hijo bajo mi corazón y él necesita de tu ayuda.”

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando un estremecimiento cruzó por todo el árbol, y lentamente inclinó todas sus ramas cada vez más abajo, formando así una especie de amplio techo. Aunque el abeto, igual que todos los demás árboles, antaño había perdido sus verdes hojas en otoño, volvieron ahora a brotar para nunca más perderlas. Así María y José encontraron bajo las ramas del abeto un lugar protegido para la noche.

Sin embargo, el abeto por haber interrumpido su oración hacia el cielo, fue honrado de una manera muy especial: ha sido escogido para llevar en la Navidad las luminosas velas sobre sus ramas piadosamente inclinadas y así enviar el brillo más bello hacia el hombre y hacia el cielo.

“¿Cómo llegó a serpreciado el ciruelo silvestre?”

Hacía tiempo que se había terminado la cosecha. El otoño había pasado y el crudo invierno había empezado. Los arbustos y árboles se habían quedado desnudos, sin frutas ni

hojas, y anhelaban el despertar primaveral con el renacimiento de la luz, el esplendor de las flores y el zumbido de las abejas.

También el ciruelo silvestre había perdido sus hojas, pero sus frutillas todavía se encontraban en las ramas secas: nadie las quería. Cuando las mujeres venían a recolectar moras en Otoño, sólo echaban una mirada de lado al ciruelo y seguían su camino. *“miren ese arbusto áspero y espinoso”,* decían, *“Cómo protege sus frutas que a nadie le gustan. ¡Qué se puede hacer con ellas, si son amargas y no saben bien!* Así estaban las ciruelitas, moradas entre las espinas, incluso cuando la primera helada había pasado sobre ellas.

¡Cómo le hubiera gustado al árbol brindar su fruta como lo hace la frambuesa, que a todo el mundo le encanta! Por ello hubiera renunciado a todas sus bellas flores blancas. Pero por más que lo deseaba no servía, era un ciruelo silvestre que no daba ciruelas dulces.

Y eso tenía su sentido porque un día María y José en su camino hacia belén pasaron por un bosque, estaban cansados y hambrientos. Por casualidad su mirada cayó sobre las frutillas moradas en el arbusto espinoso. *“Mira José”,* exclamó María con alegría, *“el buen arbusto ha guardado sus frutas para nosotros”:* y sin lastimarse con las espinas, la Virgen empezó a recolectar las ciruelas.

“Déjalas, no se pueden comer”, contestó José, *“mira, nadie las ha querido cortar.”*

Pero María no le hizo caso. *“¿Cómo quieres que tengan buen sabor si tienen que aguantar tanto tiempo aquí en el frío? Nosotros también nos volveríamos amargos en su lugar. Probemos si sabe más ricas llevándolas al calor.”*

Por la noche les dieron posada unos amables campesinos. Se asombraron bastante al ver las frutas que María traía consigo. *“¿Lograron arrancárselas al ciruelo silvestre? ¿Es cierto que se dejó cosechar voluntariamente?”*

“Sí, sin ningún problema”, contestó María, *“no es tan agresivo como aparenta”.*

Entonces pidió a los campesinos agua caliente y metió las frutillas para que se les quitara todo el frío. Al otro día les dio a José y a los campesinos un jugo rojo y brillante, que les gustó tanto, que pidieron más de él. *“¡Qué bien me cae!”,* exclamó José, *“me quita el frío del cuerpo y ya no me siento tan entumecido, María, ¿qué bebida es ésta? ¿qué es lo que has descubierto? Nada nuevo he inventado. Nos lo ha dado el ciruelo, nos ha regalado esta buena bebida para que ahora podamos resistir mejor el frío invernal.”*

Desde entonces la gente mira al ciruelo con más amabilidad y sabe apreciar su fruta, que apenas madura con la primera helada. Y el ciruelo ahora se siente orgulloso de ser ciruelo en vez de frambuesa, y que así fue capaz de conservar su fruta para María y José en su camino a Belén.

“El secreto de las rosas”

Qué gusto tenía María al ver que, en el camino por donde pasaban, de repente habían brotado rosas entre los secos rosales. Se cortó un bonito ramo que desde entonces llevaba en sus brazos, debajo de su abrigo. Para su asombro, las rosas quedaron frescas y no perdieron su dulce aroma.

Cuando estaban ya cerca de Jerusalén se les acercaron tres soldados romanos que se portaban como los amos del mundo. Desde lejos ya gritaron:

-¡Hagan lugar a la legión romana!

Al burrito, que inocentemente trotaba en medio de la calle, el más grosero de ellos le dio un puntapié en su ijar, así que el pobre animal dio un respingo.

María y José se habían hecho a un lado, aunque había suficiente lugar para todos, pero no querían tener una pelea. Sin embargo, eso era exactamente lo que buscaba el burdo soldado. Cuando vio a María humildemente abrigando sus rosas a un lado del camino, se le acercó riéndose irónicamente, y gritó:

-¡Hey, palomita!... ¿qué escondes bajo tu abrigo? ¡Déjame ver si nos sirve!"

Apenas el soldado hubo estirado la mano para arrebatarse lo que llevaba María cuando en el mismo instante la retiró renegando y maldiciendo: estaba llena de rasguños y sangrando.

-¿Qué es lo que llevas ahí, mujer?", siseó entre los labios el soldado.

Entonces María abrió su abrigo y le mostró el ramo: ¡eran puras ramas espinosas!

Antes de que el soldado se recuperara de tal sorpresa, se le acercaron sus compañeros y uno de ellos dijo:

-“Déjala Varus, quién sabe qué dolor tendrá que sufrir esa mujer, que trae espinas consigo.”

Sin embargo, el primer soldado, que desde un principio sintió lástima por haberse metido con esa pobre gente, silenciosamente siguió a sus compañeros.

En cambio, María miró asombrada las espinas punzantes en sus brazos. *“¿Pues no eran antes rosas perfumadas, que el rocío había dejado florecer? ¿Y ahora dónde están?”*

José, quien notó su preocupación, puso suavemente el brazo en sus hombros y le dijo, consolándola:

-“Mucho tiempo han florecido para ti María, ahora resígnate y tira esas ramas tan secas y resinosas.”

Sin embargo, María movió la cabeza negando:

-“Si conozco su secreto, ¿cómo puedo tirarlas?”

Y con cuidado nuevamente colocó su abrigo encima de esas pobres ramitas, aunque ya no parecían necesitar su protección. Mas en su corazón sonaban las palabras de aquel soldado romano:

-“Quién sabe qué dolor tendrá que sufrir esa mujer abrigando un ramo de espinas.”

-“Que la gente piense lo que quiera; una vez habían brotado rosas de las espinas. ¿Por qué he de tirarlas ahora en su miseria?” dijo María.

De repente llegó a su nariz aquel bello perfume, que por tanto tiempo las rosas habían exhalado para ella. Suavemente abrió un poco el abrigo para ver y se observó que las ramas nuevamente habían florecido en todo su esplendor.

Por cierto, estas rosas se conservaron hasta que María dio a luz al niño Jesús en el establo de Belén

TERCERA SEMANA

El Ángel blanco

El tercer domingo, un Ángel completamente blanco y luminoso desciende hacia la Tierra. Tiene en su mano derecha un rayo de luz que posee un poder maravilloso.

Va hacia todos los hombres en cuyos corazones el Ángel Rojo había encontrado amor verdadero y los toca con su rayo de luz. Entonces esa luz penetra en los corazones de esos Hombres y comienza a iluminarlos y a darles calor desde su interior.

Y es como si el mismo sol alumbrara a través de sus ojos y descendiera por sus manos, por sus pies y por todo su cuerpo. Incluso los más pobres, los más humildes de entre los hombres, son así transformados y comienzan a parecerse a los ángeles, si tienen un poco de amor puro en sus corazones.

Pero no todo el mundo ve a este Ángel Blanco, sólo lo ven los Ángeles y aquellos cuyos ojos han sido iluminados por su luz. Es sólo con esta luz que en Navidad uno puede ver también al Niño que nace en el pesebre.

“¿Por qué el burrito no quiso descansar?”

Los burros son animales muy caprichosos, fuertes, resistentes, tercos y pueden cargar incansablemente. Sólo que a veces simplemente no tienen ganas. En tal caso no sirve de nada ni rogarles ni pedirles. Cuando no quieren escuchar, no oyen. Cuando de todas maneras quieres obligarlos a que ayuden, plantan sus cascos en el suelo y ya puedes tratar de empujarlos o jalarlos, que no los vas a mover de su lugar. Cuando estás completamente desesperado, puede suceder que de repente se le haya pasado el capricho –tan rápido como ha legado-, y tu burrito nuevamente es la criatura más amable, fiel y trabajadora que te puedas imaginar.

Igual de caprichoso, terco y querido era el burrito de María y de José. Y el camino a Belén se les hubiera hecho más largo y complicado si de repente el burrito no se hubiera convertido en un animal manso y pacífico. Y he aquí cómo sucedió:

Cuando José cargó al burrito con las pocas cosas que iban a necesitar en su camino, éste no se movió, y se podía pensar que era el animal más dócil y suave de todo Nazaret. Pero cuando José cogió el lazo para guiarlo, de repente plantó sus cascos en el suelo y no quiso dar ni un paso más. José lo trató con cariños y regaños: el burrito no se movía. Entonces María

hizo el intento acariciándole entre las orejas y pidiéndole cariñosamente que se moviera y que los siguiera, porque el camino a Belén era largo y ya tenían que apurarse mucho. Pero el burrito, tozudo, siguió con sus caprichos, y todas las palabras fueron en vano.

En este momento intervino el ángel Gabriel. Sin que María y José lo pudieran ver, se acercó al burrito y le dijo:

-“Tiene razón de no querer ir a Belén porque eres pequeño y débil y el camino se te va a hacer muy pesado. Llamaré a unos ángeles para que en tu lugar lleve la carga, entonces tú te podrás quedar aquí para descansar. Pero es una lástima –añadió- pues entonces tristemente no vas a poder escuchar cómo cantan los ángeles, cuando nazca Jesús, ni vas a probar la dulce paja del pesebre en el cual van a acostar al querido niño.”

-¿Canto de Ángeles? ¿Paja dulce? ¿Y pensar que estoy parado como tonto haciendo caprichos mientras se me va a escapar lo mejor?

El burrito levantó las orejas y escuchó, sí, quizá podría percibir algo del cántico de los ángeles. Luego estiró la nariz olfateando hacia arriba, y le pareció que ya estaba percibiendo el dulce aroma de la paja. Se le olvidaron sus caprichos y ahora no solamente estaba dispuesto a seguir voluntariamente a la noble pareja, sino que se les adelantaba brincando alegremente y apuraba el paso para llegar lo más rápido posible a Belén.

De noche casi no quería descansar y en las mañanas, antes de que saliera el sol, ya se escuchaban sus rebuznos “i-ah”, lo que significaba: *“Vamos a apurarnos para llegar a Belén para escuchar a los ángeles cantores y oler la paja dulce. No hay tiempo que perder.”*

Veán ustedes cómo un burrito puede cambiar de actitud cuando un día escucha bien lo que le dice un ángel.

“Lo que la araña hizo por María”

Una noche María y José se habían alojado en una cueva. Poco antes de entrar había pasado una araña y José, al verla, rápido intentó ahuyentarla con su bastón. Pero María dijo amablemente: *“Oh, José, deja a este buen animalito, yo no le tengo miedo a esta criatura de Dios y además aquí hay espacio para todos.”* Poco después se habían acostado para descansar.

Sucedió que en aquella noche soplaba un fuerte viento que quería, rápidamente, antes de que naciera el niño Jesús, limpiar y pulir las estrellas en el cielo para que brillaran bellas y doradas en la Navidad. El viento ni se detuvo ante la cueva, entró silbando y su frío caló tan profundamente a María, que no podía cerrar los ojos, por más que se cubría con su abrigo azul. José a su lado ya había caído en un profundo sueño y no se enteró de los sufrimientos de María.

Sin embargo, hubo alguien que sí se dio cuenta de lo que sentía María: la pequeña araña. Desde el principio había sentido algo especial por María en su pequeño corazón, porque antes había hablado tan amablemente de ella. Rápidamente se puso a trabajar y tejió en la entrada una maravillosa red. Lo más cerrada posible. *¿Quizá vosotros pensáis que una telaraña no puede detener al viento?* Pero ésta, aunque era tan fina, tenía el efecto de una cortina gruesa y pesada, capaz de retener su fuerza. Así, por fin María pudo dormir tranquilamente.

Cuando en la mañana descubrió la fina telaraña enfrente de la entrada de la cueva, reconoció quién la había ayudado; al pequeño animalito, el cual orgullosamente estaba escondido en una grieta entre las rocas, lleno de satisfacción. *“Es gracias a ti que he podido dormir”, le dijo ella, “eres noble, te lo agradezco.”*

“¿Por qué las liebres tienen la colita blanca?”

Una liebre jugó y brinco en los prados durante todo el verano, feliz y dando volteretas. Sin embargo, al llegar el invierno que cubrió los campos con nieve, y cuando el Sol casi ya no brillaba, el conejito se retiró a su refugio, acolchado con hojas secas y pasto. Colocando la nariz entre las patitas, el conejito se había acurrucado para poder dormir, hasta la llegada de la primavera. Sólo cuando el hambre le molestaba demasiado, dejaba su madriguera para regresar rápidamente cuando la barriguita estaba otra vez llena.

Un día la liebre soñó que se le acercaba un Ángel, que suavemente le tiró de las largas orejas, hasta despertarle. Y le susurró algo. El conejito abrió los ojos y miró hacia todos los lados. Ya no podía ver al ángel, pero claramente recordaba sus palabras. *“Dos pobres personas han perdido su camino en la nieve. ¡Corre y ayúdalos!, tu nariz te guiará con seguridad.”* ¡Y así sucedió! No muy lejos la liebre los encontró: eran un hombre y una mujer junto con un burrito.

El hombre buscaba su camino, que había borrado la nieve, sin poder encontrarlo. Sin embargo, la liebre oteaba en el aire el humo que venía de las chimeneas de un pueblo cercano, invisible por una loma. Rápidamente atravesó la nieve para llegar a María y José, y levantándose ante ellos a dos patitas, empezó a brincar en dirección al pueblo. Cuando se giró para ver si lo seguían, vio que todavía estaban en el mismo lugar mirándolo asombrados. Entonces regresó hacia ellos, se puso otra vez en postura, hizo una voltereta tras otra, de tal modo que formó un pequeño sendero en la nieve. En ese momento María y José comprendieron lo que éste les quería mostrar y lo siguieron. Saltando y brincando, la liebre los guió hasta el pueblo que empezaba a divisarse. Entonces la liebre se detuvo y movió alegremente sus largas orejas.

¡Cómo se alegró cuando José le dio las gracias! ¡Y todavía más feliz se sintió cuando María se inclinó, lo acarició y le sacudió la nieve del pelo! Lo hizo con mucho cuidado, solamente en la colita quedó un poco de nieve. Por esta razón la colita se mantuvo blanca, cuando el conejito regresó a su caliente refugio.

Sin embargo, cuando en la primavera se había derretido la nieve, la colita permaneció blanca, y así es hasta ahora, en memoria de aquella liebre que había guiado a María y José a través de la nieve.

“La despensa de la ardilla”

En otoño la laboriosa ardilla había recogido muchas nueces y las había escondido en una u otra de sus madrigueras. Las cubrió cuidadosamente con hojas secas, tierra y ramas para protegerlas, y que nadie las encontrara. Sin embargo, tuvo un problema: cuando finalmente todas las nueces estaban bien escondidas, ni la misma ardilla las podía encontrar. Y cuando llegó el invierno, y la mesa de la madre naturaleza, que en verano había sido ricamente puesta con sabrosos manjares, sólo contenía escasos alimentos, la ardilla tuvo que sufrir mucha hambre a pesar de tener sus despensas llenas. Realmente fue muy triste. No le quedaba otra posibilidad que hacer algo que de ninguna manera le gustaba: acercarse a las casas de los seres humanos para encontrar comida.

En una ocasión sucedió que la ardilla fue testigo de un acontecimiento desagradable. Una pobre pareja había llamado a la puerta de una casa para pedir limosna, pero el ama de la casa los echó afuera con regaños y blasfemias. Al ver las caras tristes de los pobres, a la ardilla le dolió mucho y deseaba de todo corazón poder ayudarlos... ¡Si pudiera acordarme dónde he escondido mis provisiones! Rápidamente corrió al bosque para volver a escarbar y buscar, ¡y he aquí que de repente fue muy fácil encontrarlas! No es que la ardilla se hubiera acordado, sino que ahora, en todos los escondites donde se encontraban las nueces, brillaba una pequeña luz que le mostraba el camino. Empezó a rascar y a escarbar, llenó sus carrillos y rápidamente alcanzó a los pobres caminantes.

Primero estaba un poco temerosa, pero al ver la suave mirada de María y José, perdió su timidez. Se les acercó con ligereza y colocó dos nueces a los pies de cada uno.

Vosotros quizá penséis que eso es poco para un estómago hambriento. Sin embargo, lo que es dado con amor, siempre es más de lo que aparenta. María y José le dieron las gracias al pequeño animal, comieron las nueces y ya no sintieron el dolor del hambre.

Desde aquel día le fue muy bien a la ardilla. Siempre, cuando buscaba sus escondrijos, las lucecitas brillaban dentro de la tierra y nunca más tuvo que buscar o escarbar sus despensas en vano.

“El perro del pastor”

En su camino a Belén sucedió que María y José habían buscado posada inútilmente y ya se preparaban para pasar la noche bajo el cielo, cuando José en las tinieblas de repente entrevió en la lejanía una pequeña choza oscura. Al acercarse se dio cuenta de que no era una morada humana, sino un corral de ovejas. Sin embargo, por lo menos ya contaban con un techo y un poco de calor.

¡Mas no habían contado con Fino! Fino era el perro vigilante. Junto con el pastor, durante el día llevaba el rebaño hacia los pastos, mientras que de noche lo cuidaba contra ladrones y animales feroces. Al husmear que alguien se acercaba, se levantó sacudiendo la cadena a la cual estaba atado, luego saltó hacia los viajeros y dejó oír su tenaz “guau, guau”, lo que significaba:

-“Atención, estoy aquí vigilando que no se me acerquen demasiado.”

Al oír los ladridos furiosos del perro, José se encogió de hombros y se giró para salir.

“Qué le vamos hacer”, le dijo a María, “con este vigilante es más difícil discutir que con la gente de mal corazón.”

También María había detenido sus pasos, y se podía escuchar en los ladridos de Fino, que estaba muy satisfecho consigo mismo y de haber impedido la entrada a la pareja. Pero entonces María tomó la palabra:

“Ay, José, hagamos el intento de entrar. Las noches son tan frías, y sin un techo no podremos dormir”, y tranquilamente se acercó al corral.

En ese momento Fino, enfurecido, ladró ferozmente y tiró de su cadena para saltar hacia María. Sin embargo, antes de que José hubiera podido intervenir con su bastón, sucedió algo inesperado: como reaccionando a una orden inaudita, Fino dejó de ladrar repentinamente, se quedó parado y miró a María, la cual se le acercó, y al instante empezó a menear la cola alegremente. Brincando como una cabrita, saludó a María y se acostó de espaldas a sus pies. María se inclinó para acariciarle la barriga. Sin embargo, cuando se acercó José, nuevamente se oyeron los gruñidos del perro, mas con las buenas palabras de la Virgen, rápidamente se tranquilizó,

“Mira con qué fuerza ha arrancado su cadena lastimándose el cuello.” Entonces suavemente María pasó sus manos sobre las heridas y Fino ni siquiera se movió cuando lo tocó.

Más tarde también al perro le hubiese gustado entrar al corral, para poder estar muy cerca de María, sin embargo, no podía. Por eso se acostó frente a la entrada y su pequeño corazón latía alegremente al saber que podía cuidar esta noche, además de sus ovejas, también a María.

Temprano al día siguiente, llegó el pastor para sacar el rebaño y se le apareció una increíble imagen; se abrió la puerta del corral del que salieron un hombre y una mujer, seguidos por un burrito. Y Fino, su feroz vigilante, los saludó meneando la cola y le lamió la mano a la mujer, mientras las ovejas dentro del corral balaban, como cuando se les acerca alguien conocido. El pastor permaneció durante un tiempo como en un sueño y sólo volvió a la realidad cuando María y José hacía mucho que se habían ido.

“¡Hey, Fino!” ¿Quiénes fueron tus huéspedes?, exclamó el perro. ¡Oh!, ¡si hubiera podido comprender el idioma de los perros! Seguramente Fino le hubiera contado quiénes fueron los que habían pasado la noche en el corral, y quién le había curado el cuello de sus heridas durante la noche. ¡Ésta sí que fue una gran sorpresa!

“La oveja que no quiso dejarse esquilarse”

Blanca era la oveja más bella de todo el rebaño, su lana realmente brillaba más que la de sus compañeras. Sin embargo, eso era lo único por lo que llamaba la atención. En las mañanas, obedientemente salía con las demás a pastar, y al ponerse el sol era la primera de entrar en el corral. Mas cuando en primavera llegó la época de esquilarse, se acabó la obediencia. Mientras sus compañeras se dejaban pelar sin problema, Blanca siempre se escapaba con grandes brincos, cuando alguien trataba de esquilarse; de ninguna manera quería entregar su lana blanca. Finalmente, el pastor se cansó de corretear tras la pequeña oveja y decidió:

-“Pues que Blanca se quede con su caliente lana de invierno. Con tanta lana gruesa en verano sentirá el calor.”

Por cierto, cuando las demás ovejas esquiladas salían a los campos y su lana, ya amarrada en grandes bultos, era vendida en los mercados, Blanca seguía cargando su abrigo. No fue nada fácil para ella sobrevivir cuando llegó el verano. Muchas veces sintió el calor, y buscaba un lugar sombreado para refrescarse. El pastor hubiera querido ayudarla, liberándola de su lana. Ni de esta manera Blanca permitió que se le acercara con las tijeras. *¿Para quién quería guardar su lana?*

Llegó el invierno, el mismo en que María y José pernoctaron en el corral. Al día siguiente Blanca había cambiado completamente de actitud: se acercó al pastor y con toda clase de señas trató de darle a entender que ahora urgentemente quería ser esquilada.

-“No se puede”, contestó el pastor cuando finalmente comprendió lo que la oveja quería.

-“Ahora en invierno, con este frío necesitas tu lana.” Pero Blanca no dejó de molestar e insistir, y cuando vio que no le hacían caso, se puso muy triste y dejó de comer. Ya no volvió a tocar el pasto por más que se lo rogaban.

-“Bueno, entonces se hará tu voluntad”, suspiró pastor, y cogió sus tijeras para cortarle la lana. Blanca quedó muy quieta, mansa, hasta que el último rizo había sido cortado. Para que la ovejita no sintiera demasiado frío, el pastor le buscó una vieja chaqueta y se la puso. En cambio, la lana cortada quedó empacada en un bulto y la guardó para el siguiente día de mercado que todavía estaba lejos.

Sin embargo, al llegar dicha temporada de ventas, el mismo pastor ya había obsequiado la lana al niño Jesús que había nacido en el establo de Belén. Y por fin comprendió para quien Blanca había conservado su lana.

“Los ratones navideños”

En Belén existía un establo viejo y apolillado, en el cual vivía “Remus”, el buey. El suelo estaba regado de pasto y paja. En un rincón se encontraba un pesebre, en el cual Remus solía comer. Justamente en este corral iba a nacer el niño Jesús. Cuando el Ángel Gabriel echó una mirada a este sitio, se asustó bastante:

-“Dentro de tanto desorden y pobreza, Jesús no puede venir al mundo. Remus, a ver qué haces para embellecer y arreglar este lugar.”

Pero Remus se quedó mirando al Ángel con sus grandes y redondos ojos, y apaciblemente siguió comiendo. Para Remus este corral estaba como siempre y según él podía quedarse así.

¡Con qué ganas el mismo Arcángel Gabriel habría echado una mano para poner todo en orden! Sin embargo, con sus manos formadas de luz, no era posible. *¿Quién podría ayudarlo?* En este momento escuchó un chirrido entre la paja, y cuando se volvió para ver qué era, descubrió un pequeño ratón que lo miraba desde su agujero en el rincón. El ratoncito había visto al arcángel y ahora llamaba a sus hijitos para que también miraran la aparición celestial.

Entonces Gabriel se dirigió a los ratoncitos y les pidió:

-*“¿Me quieren ayudar a arreglar este estable, par que todo esté limpio y bonito cuando nazca Jesús en Navidad?”* Los ratones no esperaron una segunda llamada: rápidamente salieron de su agujero, cada uno agarró un pedacito de paja con el cual desapareció, para volver inmediatamente a por el siguiente, uno tras otro, y en poco tiempo todo se veía limpio y ordenado. Y hasta al mismo buey Remus le gustó.

El Arcángel Gabriel felicitó a los ratoncitos diciéndoles:

-*“Por haber ayudado tan diligentemente tendréis el nombre de “Ratoncitos de navidad”, y cuando nazca Jesús, serán los primeros que lo podréis ver.”*

Desde entonces los ratoncitos esperan ansiosamente la Navidad.

CUARTA SEMANA

El Ángel violeta

El último domingo antes de Navidad, es un gran Ángel, con capa de un violeta muy sutil y cálido, el que aparece en el cielo y pasa por encima de toda la Tierra, llevando en sus manos una gran lira. Toca con esta lira una música muy dulce, acompañando su canto, que es muy armonioso y claro. Pero para escucharlo hay que tener un corazón silencioso y atento.

Su música es el gran canto de la Paz, el canto del Niño Jesús y del Reino de Dios que viene sobre la tierra. Muchos Angelitos le acompañan y ellos cantan y se regocijan en el cielo.

Entonces todas las semillas que duermen en la tierra se despiertan y la misma tierra escucha y se estremece: el canto de los Ángeles le dice que Dios no la olvida y que un día ella volverá al Paraíso.

“Un manojo de paja”

Una vez María y José llamaron a la puerta de un campesino y pidieron alojamiento para la noche. Sin embargo, a este hombre de mal carácter y de corazón duro, no le gustaba ayudar a los demás sin que le pagaran por ello. Y al ver que estas dos personas eran pobres y no tenían con qué pagarle, sólo les alquiló un rincón en su patio: *“Podéis dormir encima del enlosado”*, murmurón de manera poco amable. *“¿No tendría usted un manojo de paja para nosotros?”*, preguntó María tímidamente, *“para que no tengamos que dormir en el suelo duro y frío.”* El campesino la miró furioso, pero luego se calmó y le dijo: *“Bueno, solamente un manojo, pero ni una pajita más.”* Él mismo fue al pajar y del gran montón de allá había guardado cogió unos cuantos tallos entregándoselos a José, y luego les cerró la puerta delante de las narices.

José miró con tristeza el montoncito de paja. *¿De qué les iba a servir ese poquito?*, pero María lo tomó suavemente con sus manos y empezó a repartir la paja sobre el enlosado. Y

milagrosamente pudieron hacer un lecho para ambos, y todavía sobró un poco para el burrito. Así, los tres pasaron la noche bastante bien.

Antes de continuar su camino el día siguiente, María y José se despidieron de su hostel posadero, quien malhumorado los dejó marchar. Cuando más tarde él mismo salió al patio, se dio cuenta de que la paja todavía estaba tirada en el mismo lugar donde María y José habían pasado la noche. Vio un tallo por aquí y otro por allá, que junto no era más que un manojo. Ya se iba a enfadar porque no la hubieran recogido antes de salir. Pero en ese momento notó algo extraño: ¡la paja estaba brillando! Y cuando la miró de cerca era de oro puro.... La levantó y la sopesó en la mano. Luego se golpeó la frente, furioso y exclamó:

-“Que tonto eres”, si los hubieras dejado dormir en el pajar, entonces toda tu paja se habría convertido en oro.” Pero ya no se podía hacer nada.

De todos modos, quería vender caro el oro obtenido. El tacaño campesino lo envolvió en un trapo y se dirigió a la ciudad. Después de haber buscado mucho, finalmente encontró a un joyero que le ofreció un buen precio. Contento, de que los pobres le habían dado un buen pago por la posada, desenvolvió el bulto. Pero qué cara puso, y cómo se rio el joyero, al ver que todo lo que traía consigo era paja común y corriente.

Por eso lo único que ganó fue la burla, que duró por mucho más tiempo que el regalo de María y José.

“La sopa caliente de la mujer pobre”

Rebeca era la mujer más pobre de su pueblo. Poseía solamente la ropa que llevaba puesta y era poca, porque su blusa y su falda estaban rotas, y los zapatos y las medias llenos de agujeros.

Todos la conocían y Rebeca conocía a todo el mundo. Sabía en qué puerta debía llamar cuando sentía hambre, y donde podía encontrar un techo para protegerse al ir a dormir, cuando el frío ya no le permitía pasar las noches bajo el cielo. Llevaba una vida muy humilde, pero ya se había acostumbrado y no conocía otra cosa. A un campesino que una vez la compadeció por su pobreza, le contestó:

-“Por lo menos desconozco uno de los infortunios que ustedes tienen que sufrir”, y cuando el campesino la miró interrogante, continuó: “a todos ustedes yo les pido limosna, pero a mí nadie me pueda pedir nada.” Y con una risa pícaro cogió el pan que el campesino le había regalado, y siguió su camino.

Ahora bien, en aquel invierno del que estamos hablando, había mucha hambre y frío en toda la región, así que la gente casi no tenía lo suficiente para alimentarse ellos, y pocos querían compartir algo con la mendiga. Tenía que tocar muchas puertas para conseguir su pobre refrigerio. Un día, Rebeca había recibido un poco de sopa caliente que apenas llenaba la mitad de su jarro. Cuando se sentó a un lado del camino para comer, de repente vio acercarse a un hombre y a una mujer con un burrito.

Ustedes ya habrán adivinado quiénes son: María y José en su camino a Belén. El hombre tenía una mirada ceñuda, y la pálida cara de la mujer estaba tan demacrada que hasta Rebeca sintió compasión.

-“Oigan”, los llamó “¿por qué están tan tristes y decaídos? ¿Qué es lo que les falta?”

José la miró sin hablar, sopesando con la mirada el jarro. Pero María le contestó casi sin voz:

-“No tenemos qué comer y eso nos dificulta la caminata.”

-“¿Y por qué no se compran algo de comer? ¿O por qué no piden algo para comer?”, continuó la mendiga.

-“Lo hemos intentado”, confesó María apenada, “pero nadie nos ha querido dar nada.”

-“Si, si”, murmuró la mujer, “son malos tiempos. Miren lo poco que me han regalado a mí.”

Y les mostró el jarro con el poquito de sopa. Y de repente le vino una brillante idea, que nunca antes le había pasado por la mente:

-“Díganme, ¿traen un recipiente consigo?”

Desde luego María y José llevaban un cuenco. “Vamos a compartir”, decidió la mendiga, “mi sopa y la penuria de ustedes”.

José sacó su cuenco y la mujer le echó todo lo que pensaba que les era indispensable, y luego un poco más. Entonces su propio jarro quedó vacío, pero ella llegó a sujetarlo de tal manera que María y José no lo notaron. Cuando Rebeca vio comer a las dos personas hambrientas, sintió una alegría como jamás había experimentado. Hasta su propio apetito se le había olvidado por completo.

Sólo tardaron unos instantes en terminar la sopa, y ya María y José estaban en camino otra vez.

Por mucho tiempo Rebeca siguió con la mirada a los caminantes, que le habían mostrado una miseria que hasta ahora ni había conocido le habían llenado de tanta alegría. Ella, la pobre Rebeca, ¡había sido solicitada por primera vez en su vida! Cuando finalmente se agachó para levantar su jarro vacío, lo encontró lleno hasta el borde de una rica sopa caliente, que satisfizo de inmediato toda el hambre que tenía.

“La fogata de los pastores”

En los campos, ante las puertas de Belén brillaba una fogata. A su alrededor se juntaban los pastores para calentarse, porque era invierno y las noches frías. A su alrededor sus ovejas descansaban pacíficamente. Sólo los perros vagaban sin cesar vigilando el rebaño.

-“Qué bonito sería si ya no hubiera lobos que amenazaran a los rebaños”, exclamó Samuel, un joven pastor, con un suspiro. Pero Jacobo movió la cabeza negando y contestó:

“Deja de soñar”, mientras haya ovejas habrá lobos que las desgarren.”

Entonces el viejo Elías levantó la cabeza blanca, miró a los dos con sus ojos claros y dijo misteriosamente:

-“Quien sabe, quién sabe. He oído una profecía de que algún día los lobos van a estar tranquilamente junto con las ovejas.”

-“¿Cuándo será eso?”, preguntó rápidamente Samuel.

El anciano movió pensativamente la cabeza.

-“En el libro dice que un día nacerá el hijo de Dios como un hombre. Entonces toda la enemistad en la Tierra se acabará y va a reinar la paz entre los seres humanos y los animales. Pero ¿cuándo llegará ese día?, nadie lo sabe.”

Los pastores se quedaron pensando mirando el fuego. De repente escucharon un canto tan maravilloso y dulce, que les llegó al corazón. Cuando se volvieron, notaron en la calle un hombre viejo, y una mujer joven abrigada con un manto azul, cantando para el niño que llevaba dentro, y una paz luminosa se extendió en las personas que los escuchaban.

Los pastores los siguieron con los ojos durante mucho tiempo, hasta perderlos de vista. Cuando retornaron nuevamente al fuego, se dieron cuenta que también las ovejas habían dirigido las cabezas hacia Belén, y hasta los perros se habían quedado quietos, con las orejas estiradas.

De repente, Samuel estiró la mano cautelosamente hacia el rebaño y dijo en voz baja:

-¡“Mirad allá! No es ninguno de nuestros perros, ¡es un lobo!”

Los demás pastores siguieron su indicación con la mirada y movieron la cabeza afirmativamente. No había duda, el lobo estaba junto con las ovejas: igual que ellas, maravillado por el canto, estaba quieto mirando hacia Belén.

La cara del anciano Elías comenzó a relucir:

-“Creíamos que el milagro del que hablábamos antes iba a realizarse en un futuro lejano y ahora parece estar muy cerca. El hijo de Dios viene al mundo. Infalible es la señal: pacíficamente el lobo está con las ovejas.”

Samuel se dirigió al anciano:

-“¿Cree usted, abuelo, que la joven que ha cantado tan bellamente era la madre de Jesús?”
“Por supuesto que lo creo”, afirmó Elías, “Ella debe ser la madre de Jesús”.

Y en esto el viejo pastor tenía mucha razón.

“El pequeño Daniel y su flauta”

Cuando Daniel, tocando su pequeña flauta, aparecía en las calles de Belén, la gente se quedaba parada para escucharlo con gusto. En realidad, Daniel era un pobre muchacho. Desde su nacimiento tenía el corazón tan débil que no le permitía correr ni brincar como los demás niños; con su pie izquierdo cojeaba un poco y lo peor de todo era que estaba ciego. Nunca había visto el Sol, ni el cielo, ni el bello mundo. Sin embargo, cuando tocaba su flauta –y eso lo hacía por doquiera que andaba- sus melodías siempre sonaban llenas de alegría. Daniel era un niño feliz y su buen humor contagiaba a toda la gente.

Era pleno invierno, cuando en una mañana la gente al despertar, ya no vio más que velos grises frente a su ventana. Toda la ciudad de Belén estaba envuelta en una extraña neblina que impedía ver nada, ni reconocer los callejones y rincones. Sólo a una personita no afectaba esa situación: a Daniel, a quien la niebla no lo retuvo en su casa. Exactamente en ese día sintió cierta fuerza especial que lo impulsaba hacia fuera. En aquel entonces todavía no se celebraba la Navidad, pero lo que él sentía en este día era la misma alegría que nosotros percibimos cuando esperamos esa fuerza luciente.

Tomó su flauta, y guiándose por su buen oído, salió directamente por la puerta de la ciudad; buscó su camino a lo largo del muro, hasta llegar a su roca favorita. A pesar de la densa neblina empezó a tocar su flauta.

Ahora ya no era un pequeño muchacho ciego; al contrario, se había transformado en toda una orquesta que tocaba en la boda de la pareja real. Lo hizo con tanta intensidad que no se dio cuenta de los velos de neblina que lo rodeaban impidiendo la visión de la gente. Y así continuó tocando.

¿Para qué? ...

Para que María y José pudieran encontrar el camino al gran portal, porque se tenía que cumplir la visión de que ellos entraran a la ciudad por aquí y no por otro lugar.

María y José se encontraban perdidos en medio de la densa neblina y ya no sabían por dónde seguir. De repente escucharon la melodía, que sonaba en la flauta:

-"Pasa el héroe con gallarda majestad..."

Se detuvieron para descubrir de dónde venía tan bella música; luego continuaron su camino, guiados por la dulce tonada.

-"¿Qué ángel nos estará guiando?", preguntó María; y en el mismo momento vieron aparecer entre la niebla un pequeño muchacho, sentado en una piedra con una flauta en los labios.

Nuevamente detuvieron sus pasos y sin hablar escucharon la música hasta que la canción se desvaneció. Entonces Daniel, dirigiéndose a ellos les preguntó;

-"¿Quiénes son ustedes y qué buscan por aquí?" "Somos pobres caminantes y buscamos la entrada a Belén", contestó José.

-"¿Pobres caminantes?", preguntó en no sorprendido, y parecía que sus ojitos ciegos los estaba observando atentamente, y luego añadió:

-"El muro de la ciudad está muy cerca, sigan a su lado y encontrarán una pequeña puerta..."

Y así fue; pronto María y José descubrieron el muro como una oscura sombra. Dieron las gracias al pequeño músico, y continuaron su camino. Y éste los llevó exactamente al "gran portal", o sea, aquella pequeña puerta que había sido abierta especialmente para ellos y que todavía permanecía con la brillante llave puesta. Por allí entraron en la ciudad. La música se oía cada vez más lejana, a pesar de que Daniel seguía tocando. Tenía que continuar para expresar así su alegría, ¡pues había visto algo tan maravilloso! Se había sentido envuelto en luz, y en medio de ella había visto a dos personas que llevaban consigo a un niño pequeño que lo había llamado con su manita: "¡Ven!" Sí, él iba a ir cuando el tiempo hubiera llegado. Sin

embargo, tenía que seguir tocando, como si con su música pudiera deshacer toda la niebla, junto con la ceguera de las personas.

“El viejo guarda”

Simeón, el viejo guarda, estaba sentado en la ventana, observando la danza de los copos de nieve y pensando en tiempos pasados. Noventa años había vivido y había vigilado las puertas de Belén durante los últimos setenta años. En las mañanas, cuando el primer rayo de sol fulguraba sobre el horizonte, había abierto los portones y los había cerrado nuevamente por la noche cuando el último brillo solar con el tiempo había aprendido a reconocer sus intenciones. Ahora, como disminuía cada día más su energía, y sólo con mucho esfuerzo podía cargar el pesado llavero, y ya no podía mover las macizas puertas en sus goznes. Por eso un hombre más joven había tomado su puesto.

Entonces a Simeón le encargaron vigilar sólo una pequeña e insignificante puerta en el muro oriental de la ciudad, que durante toda su vida nunca se había abierto, pero que aún llevaba el nombre de “*el gran portal*”. La llave de aquella puerta se la había entregado su antecesor cuando Simeón era todavía un joven, con la orden de cuidarla bien y vigilar que el hierro de la llave no se oxidara. El portero reconocería fácilmente cuando llegase el momento de abrir el sublime portal. Así Simeón había cuidado y pulido aquella llave durante muchos años, pero nunca había recibido indicación para abrir el portal.

Al recordar todo esto, el anciano se levantó lentamente de su asiento, dio unos pocos pasos hacia el estante y sacó la llave. Entonces nuevamente se sentó a la ventana y mientras vio caer la nieve, pulió con la punta del chaleco una y otra vez la llave de hierro, hasta que empezó a brillar como si fuera de plata. “*Tú lo sabrás cuando llegue la hora de abrir aquel portal*”, había dicho su antecesor. A la vez que Simeón se acordaba de estas palabras, le dio cierto miedo que tal vez ya había pasado el momento de abrirla por no haberse dado cuenta.

De repente, notó que el cielo empezaba a brillar en oriente, como si no estuviera cubierto por nubes de nieve. La luz empezó a resplandecer más y más y en ella apareció un alto portal dorado que se abrió. De él salió un pequeño niño, que miró por todos lados y amablemente saludó con su pequeña mano al guarda en su ventana. Luego comenzó a andar hacia la tierra por un sendero invisible. De vez en cuando se volvía para mirar a Simeón, quien, asombrado, estaba observando este acontecimiento.

De pronto exclamó: “*¡El gran portal! Ese niño viene al gran portal y yo estoy aquí soñando*”.

Rápidamente se levantó y sólo cubierto con su chaleco marchó por la nieve hacia el sublime portal.

No se encontró con nadie en el camino, la gente prefería quedarse en casa con el mal tiempo. Aunque ya no podía ver el dorado portal en el cielo, todavía percibió el brillo de luz en el Este. Finalmente llegó a la puerta, introdujo la pulida llave en la cerradura y la giró con suavidad; en un momento la pequeña puerta se abrió en silencio ¡y allí estaba el niño! Estiró la mano confiadamente hacia Simeón y le dijo:

-“*Gracias por haber oído la llamada y haberme abierto. Yo también te he dejado abierto un portal: ¡mira!*”

Y cuando el guarda levantó la mirada, nuevamente vio el dorado portal en el cielo. Estaba abierto ampliamente, y un sendero luminoso le indicaba el camino. Simeón sonrió feliz y emprendió el camino hacia el portal celeste, mientras el niño lo siguió con los ojos hasta que desapareció.

Pasaron algunos días hasta que la gente echó de menos al viejo guarda. Lo buscaron por todos lados, sin poder encontrarlo.

Sucedió que un día aparecieron por la ciudad unos peregrinos, un hombre con su mujer y un burrito. Sin embargo, el nuevo guarda no los había visto entrar y quedó muy asombrado. Por esa razón fue a revisar la gran puerta y lo encontró abierto, con la llave todavía puesta.

-*“¿Qué le pudo haber pasado a Simeón que dejó el portón abierto?”*, murmuró el hombre; cerró la puerta y puso la llave en su bolsillo. No tenía la más mínima idea que aquél, para quien la gran puerta se iba a abrir, ya había entrado.

“Los posaderos de Belén”

Finalmente, después de una larga caminata, María y José habían llegado a la ciudad. Estaban cansados y hasta el burrito venía cabizbajo. *¿Dónde podrían encontrar una habitación y una cama para dormir?* Pasaron de puerta en puerta, tocaban por aquí y por allá para solicitar a los diferentes posaderos que los recibieran. Sin embargo, nadie los aceptó en su casa, porque José era pobre y no podía pagar mucho por el alojamiento. Una y otra vez les dijeron:

-*“Váyanse, ésta es mi casa y no pueden entrar.”*

Ya había llegado la noche y todavía caminaban arriba y abajo por todas las calles, y el burrito trotaba cansado al lado de ellos, asombrado porque en ninguna parte les habían brindado posada. Finalmente llegaron al último albergue al final de la ciudad, a una pequeña casa con un viejo y apolillado corral en el patio. Sin esperanza, José tocó también en esta puerta. Cuando el posadero abrió, se dieron cuenta de que el comedor estaba lleno de gente; por eso ni se atrevían a pedir posada. Sin embargo, Tito el posadero los miró con compasión pues notó que estaban muy cansados y necesitados de hospedaje. Se rascó la cabeza y murmuró para sí mismo:

-*“¿Qué puedo hacer? Aquí hay dos personas muy cansadas con un burro que necesitan un lugar para pernoctar, y aquí cuento con un albergue que, tristemente ya está lleno. La gente duerme hasta en los bancos”.*

Pensativamente recorrió con su mirada el oscuro patio, y de repente le brillaron los ojos y exclamó:

-*“¡Allá está encendido el candil, quién sabe si los está esperando precisamente a ustedes! Aunque no sea muy grande ni muy buena la instalación, por lo menos tendrán un techo que los cobijará y una cama de paja para acostarse.”*

-*¿Adónde creen que el posadero los llevó? Ya lo saben; al establo donde vive Remus el buey, al lugar que los ratoncitos de Navidad habían limpiado y puesto en orden, y donde la estrellita estaba sentada en el candil esparciendo su suave luz.*

Por fin habían encontrado posada María y José, junto con el burrito que los había acompañado a Belén. Y a Remus, el buey, le agradó mucho la compañía. Finalmente habían llegado. Y ahora puede llegar -¿qué?-, ¡por supuesto, la Navidad!

“El Hijo de Dios Padre”

Cuando la Noche Buena envolvió con su manto lentamente la tierra, todo era un profundo silencio. Parecía como si el mundo hubiera detenido la respiración. Mas en ese cielo los ángeles miraban hacia las más esferas, allá donde se encontraba en trono de Dios rodeado de los querubines y los serafines.

De repente sucedió lo esperado y anhelado durante tanto tiempo; se hizo visible el trono de Dios Padre a las esferas celestes al abrirse este círculo.

Y de aquel trono celeste se desprendió un ser tan claro y sereno que ningún lenguaje, ni aun el celeste, lo pueden describir. De forma benévola miraba hacia la ronda de los ángeles quienes lo contemplaban con veneración.

Posteriormente él cedió el paso a Dios Padre que con su sería mirada penetraba las esferas de los seres celestes. Frente al él se abrió un sendero de luz que llegó hasta la tierra, donde los ángeles ahora podían distinguir un humilde estable, en el cual una mujer y un hombre estaban sentados al lado de un pesebre junto a un buey y un burrito. El hombre estaba somnoliento; en cambio la mujer, al dirigir su mirada al cielo, descubrió esa vía luminosa, y levantó sus brazos como esperando algo.

Entonces, en este momento, el ser luminoso, que se había separado del trono del Padre, emprendió su camino y empezó a descender lentamente hacia la Tierra, aclamado y acompañado por el canto de los coros de Ángeles.

Mientras pasaba de una esfera celeste a la otra, se transformaba constantemente; primero en un serafín, después en un querubín para desprenderse como de un ropaje, poco a poco, de las formas gloriosas de los seres celestes.

Pasó por el círculo de los Arcángeles; después por la ronda de los ángeles para también traspasarla. El sencillo establo empezó a relucir cuando el ser luminoso se acercó a María, y como imagen luminosa se inclinó hacia ella. Su luz se reflejó en los ojitos del pequeño Niño, que estaba en brazos de María, su madre. Nuevamente vibraban los cielos por los cánticos de los ángeles y la tierra resonaba por la glorificación de los seres celestes: “Hoy ha nacido el hijo de Dios Padre.”

Desde esta noche, jamás se ha vuelto a cerrar el círculo de los querubines y serafines. Cada año esa vía luminosa nuevamente se forma desde el trono de Dios hasta la tierra, para que este ser transite por ella, y así nacer entre las personas para sembrar su luz dentro de sus corazones, para iluminar a través de sus ojos, al igual que antaño ha iluminado desde los ojos del Niño Jesús.

Traducción: Cristina Martínez 1996
Aportación de Hermelinda Delgado